

Ana Gorría

Cuando tenía diecisiete años, leí *Con pólvora y magnolias* de Méndez Ferrín. El temblor continúa. En el fondo, en cada poema que escribo quiero permanecer en ese temblor que nace para explorar los límites del propio decir, sorprenderlo en su eclosión corporal. El poema como un interior distraído que busca en las grietas del sentido, en la posibilidad de la transformación de la representación, un decir habitable.



ANTES DE LAS PALABRAS, qué suavidad
su luz, volviendo a inaugurar cada barrote,
anohecida apenas.



SER incapaz de más profundidad que la mirada.

Umbilical

A José, bien venido.

Si estación transparente resuelta en
luz herida,

lento espacio sin voz
abriéndose a la tierra.

Canción hasta el dolor, sueño de cal:

ardiendo,
qué hilo no nos separa de la nada.

María Magdalena y el barro

Casi sucia la nieve, va
ungiendo de alquitrán
el regazo del sueño.

Le da forma la voz,
que arrastra los escombros,
lenta y torpe,

como el cauce que arrastra su inquietud

apenas cristalino,
apenas escondido,

La polución, la ruina
en el regazo
iluminado apenas.

Golpes I

Nombre tras nombre han ido las murallas dejándose caer. Abiertas las heridas, rotos los corazones transparentes, sí sol, sí voz, sí aire, rotos los corazones transparentes, arrojados al hielo, atrapados al vuelo, mariposas de bronce sorprendidas. Sí hubo un lugar de llanto tan fácil a las nubes, tan parecido al alba y a la noche, como una casa ardiente que amanece después en la colina, allí encontró fatiga la canción, descanso el vértigo, Como desvanecidas las murallas, sólo la soledad de los ojos abiertos ante palabras blancas, contra palabras blancas, ha herido de impaciencia este cansancio lento, esta aspereza hundida por el sol, donde un pájaro roto adelanta su vuelo en los espinos incapaz de salvarse. Aunque el abismo es ciego y no conoce. Aunque el abismo es ciego.